

Abrazo tu cuerpo cada día de mi vida. El
cuerpo, la ausencia de tu cuerpo.
Vos estás, yo sigo el recorrido. Tuve que
hacer de un fruto una semilla.

Cada día tu nombre fue mi oración sin
pausa. En el principio dije y luego dije y dije.
Mi voz golpeando contra el silencio helado.

Mi casa es blanca. Mi casa es blanca y liviana
porque me sostiene la luz. Me sostiene la luz
de un pañuelo con tu nombre. La sabiduría
sujeta a tu cuerpo despojado; el modo en que
lo nombro, el modo en que poseo. Poseo la
luz porque mis pies tienen tu aliento, el aliento
de tus pasos.



En el iris tu silueta, tu espacio recortado
tatuándome los ojos.
La guarida de lo que más amé.

Caminé sin descanso. Traje noticias de un
sinfín monstruoso.
El peso de mis pasos abrió un surco, una
huella que dure hasta que vuelvas.

Pedí la mano de los justos, que la mano de
los justos te acaricie, te regrese

Soñé que llegabas. Traías los brazos
repletos, los pies del tamaño de mi mano.
Este es mi nombre mamá. Y esta es tu voz,
tu arrullo, tu memoria

Otra sustancia donde verte: un manto negro.
Desperté sin aire, el sueño asfixiado.
Yo vi, yo sé, yo sentí tu cuerpo
abandonarme.

Nadie podía imaginar, nadie tenía una
sombra tan inmensa.

Yo, la madre, tuve miedo a la locura, miedo a
no poder traerme.

Quise dar de respirar.

Cada vez que volví era jueves. Abríamos un
pequeño cielo.
Estrellas, soles blancos. Una órbita de luz
inclaudicable.

En el frente conservo esa planta de jazmines.
Las flores celestes alcanzaron el muro tantas
veces, el muro al que trepabas. Vuelvo a poner
algunas en tu mesa. Esta mesa partida que
siempre es la tuya.

Me trajo el amor: Si vas, te acompaño.
Yo pensaba si una foto es el instante, o es todo
el tiempo que nunca se detuvo.

La línea que devuelve a la verdad su alma.
Madre por madre, hijo por hijo. Se reproduce
madre, hijo. Yo multiplico los ojos, todas las
madres que fui, que fuimos.

Entonces, Marcos, ¿de cuántos modos nos
has visto?
Te abrazo ahora como alguien te abrazó de
niño. Tenés la tierra y el cielo, la pericia de dos
mundos: lo veo mirarme cuando tomás la foto.

El corazón, ¿dónde si no poder hablarte?

Tengo todos los años, tengo el amor, la vida
misma.
Tus dibujos de palomas, una tela amarilla.

Yo tuve un hijo
Yo, la madre, tengo un hijo para siempre

Florencia Walfisch, agosto 2013